AAPPG “Pensando lo vincular 2022”

Panel: “Acontecimiento traumático. Lo que no consigue inscripción.”

Problemas de lo traumático y su inscripción

Daniel Waisbrot

Me propongo trabajar en dos direcciones. Por un lado pensar en el efecto de un evento traumático singular en una vida. Tomaré una viñeta en la cual una mujer dice “*me morí en el parto*”. Por el otro, en los efectos de un trauma colectivo, donde resultan cruciales las significaciones sociales, los modos en que el conjunto va a permitirse narrar lo ocurrido. En estas ocasiones, el espacio social decidirá que voces va a escuchar y cuales va a acallar, que palabras podrán utilizarse y cuáles no, y de esa forma marcará los límites de sus posibilidades metabólicas ayudando, trabando o impidiendo el trabajo elaborativo. Ambas alternativas irrumpen y afectan una vida concreta, pero en forma diversa.

Paul Celan, fue reconocido como el mayor poeta lírico alemán de la posguerra. Voy a comenzar leyendo un fragmento de su obra cumbre: “Fuga de la muerte”. La lectura del poema, decidió a Adorno a pronunciar su “Dictatum” en el que enunció aquella frase descomunal: “Escribir poesía después de Auschwitz es un acto de barbarie”, una sentencia que perdura como conmoción y provocación.

Negra leche del alba la bebemos por la tarde
la bebemos al mediodía y en la mañana la bebemos
de noche bebemos y bebemos
cavamos una tumba en los aires donde no hay opresión
caven una tumba en la tierra nos ordena
vamos toquen para el baile

Negra leche del alba te bebemos de noche
te bebemos en la mañana y al mediodía
te bebemos por la tarde
bebemos y bebemos

La muerte es un maestro de Alemania
grita tañan más sombríamente los violines
para que asciendan cual humo en el aire
para que tengan una tumba en las nubes donde no hay opresión

Negra leche del alba te bebemos de noche
te bebemos al mediodía te bebemos por la tarde
y en la mañana bebemos y bebemos
la muerte es un maestro de Alemania su ojo es azul
te acierta con bala de plomo te acierta preciso
atiza sus perros contra nosotros nos regala una tumba en el aire y
sueña   la muerte es un maestro de Alemania.

En un excelente trabajo denominado "¿Se puede morir de decir?", Rachel Rosemblum[1] se preguntaba por la muerte de Paul Celan: "*Cuando se trataba de hablar de Auschwitz era evidente que las palabras no le faltaron. Paul Celan encontró las palabras justas y las encontró en el idioma de los asesinos".* Se suicidó en París en 1970 víctima de lo que él denominó una "desolación abrumadora...". Michel del Castillo dijo al respecto: *"Contrariamente a lo que tanta gente imagina, la escritura no consuela de nada. Mientras más horado en las palabras, más se ahonda mi desgracia. Cada libro agrava mi estado. Uno termina por morirse, no de lo que vivió, sino de lo que escribió...".*[2]

El poema, fue escrito pocos años después de la liberación y evoca un hecho real: en los campos, los condenados eran obligados a cantar mientras otros cavaban tumbas. "Leche negra", es el oxímoron con el que se inician las cuatro grandes estrofas del poema remitiendo a la blanca leche destinada a la raza aria.

Entre el silencio y las palabras, existe una delgada línea que puede hacer visibles ciertos significados y, al mismo tiempo, invisibilizar otros. Cuando Paul Celan escribió *"Estábamos muertos y podíamos respirar*", desnudó todo lo ocurrido en Auschwitz con una mezcla exacta de palabras mínimas.

Lo traumático no se encuentra fácilmente con el lenguaje. La devastación física y psíquica, la imposibilidad de encontrar sentido al dolor extremo, necesita mucho tiempo para lograr ligarse a una palabra que lo circunscriba. Y muchas veces, tampoco alcanza el tiempo de una vida.

Contar una experiencia traumática, no da siempre los mismos resultados para la vida del narrador. Primo Levi, salió de Auschwitz con 26 años. Sobre su muerte, caben dudas. Se sostiene que fue un suicidio. Cayó al vacío por el hueco de la escalera de su casa en Turín. Sus allegados sostuvieron que se trató de un desvanecimiento.

[1] Rosenblum, R. "¿Se puede morir de decir?" en https://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2019/02/rosenblum.pdf
[2] Rosenblum, R.: Ob.Cit

Alegan que su vida entera iba en contra del suicidio. Nunca dejó de contar su experiencia y se enorgullecía de eso. "*Estoy en paz conmigo mismo porque he testimoniado*".[3]

"*Ahora los recuerdos de mi reclusión son mucho más vívidos y detallados respecto de cualquier otra cosa acaecida antes o después. Conserva una memoria visual y auditiva de las experiencias de allí que no sé explicar. Por algún motivo que ignoro, me ha pasado algo muy extraño, diría que algo semejante a una preparación inconsciente para testimoniar*[4]".

Su muerte y la hipótesis, casi certeza del suicidio, actualizan la pregunta acerca de cuanto puede alcanzar la palabra para bordear lo abyecto. Elie Wiesel escribió, en ese momento: "*Primo Levi murió en Auschwitz cuarenta años más tarde".*

Vayamos ahora un poco a nuestra clínica y después trataremos de anudar.

Cuando entraron en la sala de parto no imaginaron lo que sobrevendría. La muerte anduvo rondando amenazante por los cuerpos de la madre y de la niña. Finalmente, luego de un largo período, ambas salieron vivas pero con una perdida grande. La hemorragia y la cirugía se habían llevado la matriz y la madre no podría volver a serlo, por lo menos *"como Dios manda*", según su propio decir.

No doy más, decía Marga en la primera entrevista. *Él se la pasa jugando al póquer y nosotras no existimos. Trabaja y juega al póquer. Pierde el dinero que tanto nos costó conseguir. Ella exagera*, dirá Alberto. *A ella le molesta que yo tenga mi vida y lo único que quiere es que esté con ella.*

Así se presentan. Por eso consultan. Pasaron muchos meses hasta que pudieron contar ese relato sobrecogedor sobre aquel parto. La niña tenía ya seis años. Y ahora, "de la nada" dice ella, él le plantea la idea de alquilar un vientre. *Yo creo que él no está conmigo porque yo no pude darle más hijos. Tampoco el hijo varón que tanto deseab*a.

Desde el nacimiento de su hija, nunca más hablaron de "aquello", como lo denominaban. Cuando él quiere hablar, ella llora y le implora que se calle. Acepta ir contando la historia, pero sin llegar a "aquello", dice que se marea, que siente un olor, que no puede.

---

[3] Levi, P: "Los hundidos y los salvados" Barcelona. Muchnik Editores
[4] Levi, P.: "Entrevistas y conversaciones". Península. Barcelona 1998

Ambos son de una zona rural del sur argentino, vinieron a Buenos Aires a hacerse cargo de una empresa familiar y lograr los ansiados títulos universitarios. Lo consiguieron. Después vendría armar una casa para alojar una gran familia. La casa la obtuvieron, pero los hijos… *apenas pudimos uno,…una*, dirá Alberto en tono amargo. Contar la historia espontáneamente, permitió ir acercándose de a poco, muy de a poco, a "aquello". Cada vez que él quería contar algo, le pedía permiso a Marga. A veces ella aceptaba, otras no, o en el medio, le pedía que la cortara. Yo intervenía para frenar el relato cuando ella se lo pedía. Mucho tiempo después Marga pudo empezar a hablar. *A él le interesan los hijos que no tuvimos. Y yo me morí. Eso dijeron los médicos. Me morí un rato y me sacaron.*

Las sesiones se transformaron literalmente en un velatorio. De a poco fueron contando, por momentos con lujo de detalles lo que pasó. El trabajo del análisis propone que luego, empiece el otro contar: que les pasó con eso que pasó. Largas, difíciles sesiones de llanto y palabras conjuntas que fueron anudando significación a lo que hasta allí no tenía. Ella veía la ausencia en su cuerpo. El veía la ausencia de la mesa grande y del hijo varón. La presencia de la hija, verdaderamente investida hasta allí, empezaba a cobrar el carácter de sobreviviente de una catástrofe aún por anudar.

Trauma es sobre todo, ruptura. De la barrera antiestímulo, de la trama representacional, del tejido preconciente, de la historización simbolizante. Trauma es ante todo, desgarradura, agujero. Su presencia, impide todo trabajo de duelo ya que este supone todo lo contrario al trauma: trabazón, ligadura, trama representacional, tejido simbólico que permita volver a historizar, volver a disponer, sino ya de lo perdido, al menos de aquello que escapó de su sombra. Cuando algo de lo traumático inunda, el duelo como trabajo es imposible. Es necesario ponerse a recorrer un camino que permita conducir del trauma al inicio del trabajo de duelo.

La viñeta ofrece la posibilidad de pensar en las complejas presencias de lo traumático en un vínculo. Ellos arman una pareja con un horizonte de deseos conjuntos que se obstaculiza. El cuerpo propio de ella, cerca de la muerte, el cuerpo vincular, ese que traería varios hijos a la familia, algún varón, no pudo hacerlo. Uno observa, en el devenir de las sesiones, como el vínculo no ha podido transformarse después del evento traumático, imposibilitados de duelar lo que cada uno de ellos había perdido. Y en este sentido, vale la pena remarcar que pensar en duelos conjuntos, no significa dejar de lado las distintas subjetividades de la pareja. *"…no está establecido que se*

haya constituído, que evolucione y que se elabore en el mismo tiempo y con el mismo ritmo para cada sujeto. La temporalidad de la elaboración y la de la reparación no son sincrónicas." [5]

Ambas situaciones, el traumatismo colectivo y los avatares traumáticos de la vida singular, nos confrontan con la necesidad de pensar que se hace frente a la vivencia de una situación que desmantela la posibilidad elaborativa del psiquismo, que desborda su posibilidad simbolizante y que no posee ninguna cualidad enriquecedora para la vida sino todo lo contrario, solo produce devastación.

Aclaro un poco esta cuestión. Desde hace muchos años se ha ido infiltrando en cierto sector del psicoanálisis la idea de la resiliencia. El término viene de la física y se refiere a la cualidad que poseen algunos materiales de no alterarse y quizás fundamentalmente, a su capacidad de recomponerse sin secuelas, sin ningún tipo de cambio en su estructura, sin ninguna marca, ninguna huella. Ya solo con esta definición resulta difícil comprender la pregnancia que el concepto ha ido cobrando en nuestro medio. Dicen entonces, que "se dobla pero no se rompe", que hay que aprender de la adversidad, que lo que no mata fortalece, y así mucha fraseología que apunta a no dejarse caer –con las mejores intenciones- pero desconociendo la imposibilidad de que lo traumático se vaya como vino, sin dejar alguna marca de la devastación.

Como psicoanalistas –dicen Ana Berezin y Gilou García Reinoso- debemos advertir que, en tanto sujetos, estamos constituidos por nuestras marcas, que nos imponen un trabajo psíquico de simbolización, o eventualmente derivan en inhibiciones, síntomas y angustias. ¿Qué sujeto podría concebirse inmune a todo lo que le suceda?[6]

Así que no estamos pensando en términos de resiliencia. No creemos en esa formulación que dice que "todo sirve finalmente para algo" o que "de todo se puede extraer una enseñanza o un aprendizaje". El horror tiene que ser reconocido en su pura potencialidad devastadora que desmantela la capacidad simbolizante.

[5] Kaes, R.: "Las depresiones conjuntas. Elementos para una psicopatología del vínculo", en Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados, Nº 30

[6] https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-50578-2005-05-05.html
Ana berezin y Gilou García Reinoso. El Poder dicta, por la palabra del sujeto mismo, lo que hay que hacer"
Pagina 12 5/5/2005

Esta discusión que propongo parte de considerar al trauma como una marca, un tipo de inscripción que nunca es muda a pesar de que quien lo ha padecido calle, a veces por el resto de su vida. Siempre va a producir algún tipo de efecto si no se logra su inscripción en alguna cadena representacional. "*Exigibilidad del trauma* –dirá M. Wikinski- *que nunca es mudo, siempre produce manifestaciones: sintomáticas o lenguajeras, manifiestas o veladas".*

¿Pero de qué tipo de marca se trata? ¿No decíamos hace un rato que ese agujero en la red representacional muchas veces no llega a poder rodearse de una palabra? ¿Qué las palabras no alcanzan como no le sirvieron a Paul Celan o a Primo Levi?

Veamos el problema.

Los componentes de un trauma, de no ser re-inscriptos en una red -según nos enseñaba Silvia Bleichmar- quedan destinados a una circulación anárquica en la tópica psíquica cuya estabilidad ponen en riesgo. Ella sostuvo que aquellos "signos de percepción" que Freud describiera en la famosa Carta 52, son un modo de inscripción que pueden producirse a lo largo de toda la vida. Se trata de situaciones imposibilitadas de ser ensambladas en una cadena representacional dado que son productos de vivencias traumáticas, aun inmetabolizables. Dichos signos de percepción, son elementos que no alcanzaron el estatuto de inconcientes y que aparecen desprendidos de la vivencia misma. El traumatismo "arrastra restos de lo vivenciado" que no logran entrar en relato.

Entonces, ¿es narrable lo traumático? La discusión sería como lograr poner una palabra cuando "no tengo palabras" porque lo ocurrido produjo desmantelamiento psíquico. No hay duda que lo traumático se resiste a su narratividad, pero lo cierto es que, si pensamos en los traumatismos sociales, ha habido y hay cientos de miles de narraciones fundamentales en la tarea de construir la historia de lo abyecto en lo humano. Quizás se trate de poder sostener la tensión entre lo inefable, lo imposible de decir y la posibilidad de que vayan apareciendo narraciones que rodeen de alguna manera lo traumático.

Una aclaración necesaria: la narración no equivale necesariamente a la puesta en palabra sino que alude a una producción que permita algún grado de representabilidad y que por lo tanto, sea comunicable. Una mujer que perdió a su padre por covid en los momentos más álgidos de la pandemia, luego de una internación de más de un mes sin poder verlo, sin velorio, sin entierro, sin despedida, logró no hace mucho dar un paso importante en su

proceso elaborativo. Siendo su padre mecánico, se dedicaba a “los fierros”. Un juego infantil entre ellos consistía, cuando él volvía de trabajar, en darse “un abrazo de fierro”. Cuando él la invitaba, ella corría a sus brazos. En estos días, pudo volver a entrar al taller de su padre, recoger algunos “fierros” que encontró, hacer con ellos una pequeña escultura a la que denominó “el abrazo de fierro” y colocarla en la tumba del padre. Algo adquierió representabilididad, con alguna palabra pero mucho más allá de ella.

Toda producción cultural, artística, jurídica, entre otras, harán más posible la elaboración de lo traumático en los límites de lo posible.

Que sea difícil de poner en palabras no supone pensar que no haya forma de hacerlo, porque si nos quedamos solo con lo inefable, *“… hablar exclusivamente de la inefabilidad de lo traumático y clausurar allí la cuestión, supone el cuestionamiento de la palabra del testigo en su conjunto, como de hecho todos sabemos que se ha producido prolíficamente, en los textos insustituibles y de enorme valor universal que se han escrito a partir de experiencias de sufrimiento extremo.”*[7]

Es entonces desde aquí desde donde desearía retomar la cuestión clínica. Un crítico literario ruso, llamado Michail Bajtin, trabajó la diferencia entre lo que sería el silencio y el callar. Para el, el silencio podría definirse como la «ausencia de sonido», mientras que el acto de callar significaría la «ausencia de palabra». “Callar”, mucho más que “silenciar” permite explicar la ambigüedad, la falta de respuesta, la multiplicidad de sentidos, el vacío, la angustia frente a lo innombrable.

Muchas veces se trata de tolerar lo callado, de crear las condiciones de disponibilidad del analista para recibir alguna palabra o un nuevo callar. Otras, aparecerá un relato en bruto de los hechos, a veces con detalles pequeños, minuciosos, de apariencia insignificantes pero que de alguna manera intentan engarzar esos signos de percepción en alguna secuencia, en alguna red significante. Marga decía que cuando Alberto hablaba, se mareaba, sentía como un olor. Esos son los signos de percepción que buscan entrar en relato. En algún momento pudo ligarlo al olor de un desinfectante que quizás se haya usado en el momento “en que me morí”. Al tiempo fue asociado a un momento en que estando con su hija, horas después del nacimiento, sintió que se desvanecía. Fue el momento en que entró en coma y “se murió”. Pero

[7] Wikinski, M. “La narración de lo traumático” En http://coldepsicoanalistas.com.ar/la-narracion-de-lo-traumatico/

ese relato, esa reconstrucción de los hechos, no nos dice aún, *"…de lo que ha verdaderamente fracturado al aparato psíquico, al sujeto, a la identidad o al yo de quien narra, dado que lo traumático no es el hecho. El trauma es la inscripción de ese hecho en el aparato psíquico, y es de índole absolutamente singular."*[8]

Frases como "no doy más", "no tengo palabras", aluden al efecto traumatizante que no logra ser narrado porque se han roto las coordenadas con las cuales se pensaba la vida hasta ese momento. No se entra a una sala de partos para no salir. Tampoco se entra para salir sin el hijo, y mucho menos aún para salir sin la posibilidad de seguir teniéndolos. Estas tres posibilidades latieron con fiereza en esos meses de zozobra.

El análisis debería dirigirse a volver esa vivencia articulable a la vida, apropiarse de ella para transformarla en experiencia. A veces contar la situación no es más que una mera descarga catártica que puede llegar a ser puro goce, sin ninguna arista elaborativa.

Silvia Bleichmar denominó "simbolizaciones de transición" a este tipo de intervenciones que se dirigen a intentar ensamblar los "signos de percepción" en una cadena representacional. El sentido de esas intervenciones, sería el de posibilitar *"la captura de los restos de lo real, y permitir la apropiación de un fragmento representacional que no puede ser aprehendido*[9]". Es tarea del análisis intervenir para ayudar a generar un relato que permita significar, más cerca de lo vivencial, la magnitud de lo real vivido. De esta manera, será posible una narración, más allá de los límites de la palabra para simbolizar la magnitud del suceso. Es la apuesta a un trabajo de elaboración de los signos de percepción aislados, en bruto, desentramados, para hacerlos nacer como recuerdo. Si así no fuera, el sujeto no podría apropiarse de la vivencia para transformarla en experiencia, no habitaría sus recuerdos, sino que sería habitado por ellos.

Este modo de pensar lo traumático en términos de marcas que no logran entrar en una cadena asociativa, que siendo signos de percepción no se organizan como huella mnémica y por lo tanto no devienen recuerdo, esta manera de verlo como vivencias que no pueden ser apropiadas como experiencia y poder pasar así a formar parte de la historia subjetiva, nos sitúa también muy lejos de lo que en psiquiatría se ha denominado "Trastorno de estrés

---

[8] Wikinski, M: Ob. Cit.

[9] Bleichmar S. "Simbolizaciones de transición. Una clínica abierta a lo real" en¿ https://espaciopsicopatologico.files.wordpress.com/2017/02/simbolizaciones-de-transicic3b3n-una-clc3adnica-abierta-a-lo-real.pdf

postraumático”, como antes lo dijimos de la resiliencia. No se trata de un diagnóstico, no se trata de una patología que hay que resolver con protocolos de seguimiento y medicación, no lo pensamos como “post” ya que no es un después sino un mientras tanto que irrumpe en la vida y afecta todo el tiempo, aunque su voz pueda acallarse durante largos años, aunque su presencia no se deje contar, relatar, pensar.

Hacer con los signos de percepción, una red, con la huella un recuerdo y con los recuerdos, memoria, narración, sentido. Allí se define mucho de nuestra tarea en análisis.